

OTRAS RAZONES

PASIÓN DE JUGAR

Junto a las creaciones eróticas y la audición masiva de música rock, la transición provocó una virulenta expansión de la pasión de jugar a los juegos de azar. Cuando sólo afectaba a círculos reducidos de la alta sociedad, a la imaginación o la aventura, era una pasión atrayente para la literatura. Pero un nuevo factor ha debido aumentar la atracción del azar, sobre la predeterminación de la vida en la sociedad industrial, cuando el juego llama sin discriminación de edad, sexo o riqueza, a las masas urbanas. He procurado saber cuál ha podido ser ese factor, pensando en las circunstancias que lo hicieron prosperar aquí. Una circunstancia política donde se vivió la experiencia de que unos oligarcas decidieran, en nombre de la libertad, el destino de todos. Una circunstancia moral donde el pasado no condicionó al porvenir y donde en un sólo día se podía cambiar, sin escándalo, el fracaso de toda una vida autoritaria poniéndose delante del personal con el letrero de las libertades. No eran tiempos de aburrimiento. Con la irresponsabilidad de las decisiones de partido se podía conquistar Zamora en una hora.

¿Qué tiene que ver todo esto con los juegos de azar, inventados para matar el aburrimiento o basar las esperanzas de salvación, no en el resultado previsible de lo que se hace, sino en la confianza puesta en la imprevisible probabilidad de la suerte? Como no hay error en la percepción de la circunstancia histórica bajo la que se desarrolló la pasión de jugar, y además no parece propicia al fomento de esa emoción, según la idea que se tenía de ella, he tenido que revisarla para saber si en la esencia de la pasión lúdica se encuentra disimulado un factor análogo al que, en el campo político, fraguó la transición. Y, aunque no lo puedo afirmar todavía con seguridad, creo que ese factor común existe, y que puede ser identificado con una nueva visión de la emoción preponderante que late en el sentido más profundo de la apuesta realizada con el juego de azar.

Se suele juzgar la pasión lúdica por el placer que procura la ganancia instantánea, y por el dramatismo a que lleva la loca confianza del jugador en su sino personal o en la fatal ilusión de que domina el arte de jugar un juego del que siempre se puede retirar. Aunque sea retirándose a la vez del mundo que conoce, con la ruina total, o de la vida que desconoce, con el suicidio. Pero si nos fijamos en los mejores momentos del jugador habituado a enfrentarse con el azar, que son los que delatan la esencia infantilmente optimista de su pasión, enseguida advertimos, en el orgullo interior de haber acertado, que no son la suerte ni las ganancias lo que alimentan su pasión. La idea de la suerte no está en el juego, donde todo puede cambiar en cada jugada. La idea de ganancia no está en el jugador, que no la considera pérdida si la



vuelve a jugar y perder. Lo que le fascina es un presentimiento, que le llega como la suelta inspiración a los artistas, de que en un instante va a decidir, con una libertad libre de toda experiencia pasada,

es decir, sin condicionamientos de las jugadas hasta entonces fracasadas, un nuevo capricho de la fortuna del que será autor. Le fascina que su desdén por la ganancia, un mero escudo social de su pasión, le dará ocasión para dominar, con una serie de jugadas maestras, el caos del azar. El presentimiento acerca la pasión de jugar a la de amar. El orgullo de acertar, a la del artista creador. El desprecio a la ganancia, a la del pródigo. Y la de concordar su sino con el azar, a la de los dioses. El sentimiento preponderante es el mismo que hizo posible la transición: sin lastres del pasado que se ha decidido olvidar, sin necesidad de habilidad profesional, sin consideraciones a intereses ajenos, se puede conquistar la fortuna de golpe, si se presiente en una partida de poder o en un número de suerte.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

ADIÓS A LAS ARMAS

El pasado domingo 14 de mayo ha tenido lugar en EE UU la llamada Marcha del Millón de Madres contra la difusión indiscriminada de las armas de fuego, que en este país produce diariamente una docena de víctimas infantiles. Esta marcha responde a la polémica entre el sector que mantiene el derecho de cada ciudadano a defenderse por sí mismo y, consecuentemente, poseer mortíferas armas—dentro del cual la Asociación del Rifle juega un papel prominente—y quienes, por el contrario, consideran que tal concepción de la convivencia resulta tan primitiva como peligrosamente incrementadora de la violencia. Consideración que los hechos confirman. En este sentido, no puede sino alabarse la acción de las mujeres que han convocado y protagonizado la marcha, a la cual se han sumado hombres como el mismo Clinton, pero, además, sin reducirse a la mera adhesión, es preciso abrir una reflexión sobre la violencia. Pues el tema desborda evidentemente los límites de la polémica sobre el derecho de los individuos a poseer armas de fuego y nos arroja a uno de los máximos problemas de nuestra época. Y bien nos hubiera complacido que los objeti-



vos de la manifestación fueran más amplios y radicales.

Lo primero que sorprende es ver a Clinton, sonriendo, al frente de esta marcha. Sorprende, escandaliza e indigna. Porque como presidente de los EE UU ha orde-

nado bombardeos en Irak, en Yugoslavia, en diversas partes del mundo en que han perecido niños, mujeres, varones y ancianos cuyas vidas merecen tanto respeto como las de la infancia norteamericana. Por añadidura es responsable de un bloqueo que ha costado a Irak un millón de muertes infantiles. Y, bajo su mando y dirección, se mantiene y alimenta por una poderosa industria, no ya una panoplia de armas ligeras, sino un arsenal de ingenios destructivos capaces de acabar con la vida sobre el planeta. ¿Es posible dirigir la violencia hacia los «otros», los ajenos, los extranjeros y mantener la paz dentro de los propios muros? Es el ideal de la tribu, de la distinción de Karl Schmidt entre el amigo y el extraño, inquietantemente sospechoso, vistos a la luz del enemigo. Y es la patología que afecta a ciertas sensibilidades de la familia. A madres o padres que quieren todo para sus hijos, en exclusiva, sin extender su afecto y sensibilidad a los ajenos, a los que no son suyos. Algo realizado paradigmáticamente en la mafia. Y, por ello, podría preguntarse a las madres manifestantes, grave y justificadamente doloridas en unos casos, como madres de víctimas, razonable y respetablemente inquietas en otros, ante la inseguridad de sus hijos, por su actitud ante la violencia exterior. Por su solidaridad, más allá de las fronteras, con las madres que han vistos a sus hijos destrozados en las brutales acciones ordenadas por la Administración de los EE UU.

Pero, además, la realidad es que, así como no se puede poner puertas al campo, es difícil que la violencia externamente dirigida no se difunda en el interior. Nuestra civilización no sólo no ha superado la violencia en sus formas más negativas sino que la ha integrado en su lógica, en su cultura. En la esclavización y el genocidio de pueblos y etnias, en la explotación del trabajo, en la opresión de la mujer y el femicidio. En la irracionalidad destructiva del medio ambiente. Y en la violencia sobre las conciencias, manipulando la información, troquelándolas la TV y la cinematografía al transmitir imágenes de sangrienta crueldad y atronadoras explosiones. Y la mitología de la competitividad, lanzada por el pensamiento único.

Los EE UU, invocados como modelo de nuestra civilización y de la democracia, con su enorme despliegue policial, con sus abarrotadas cárceles y las galerías en que esperan su ejecución condenados a muerte mayoritariamente marginales, con sus altos índices delictivos, es ejemplo de tierra azotada por la violencia. Pero, en la complejidad y riqueza, de este país es también territorio en que voces críticas suenan. Ojalá la marcha de las madres sea el principio de una toma crítica de conciencia. Que permita decir adiós a las armas y a la violencia den una nueva civilización. Algo para lo cual las mujeres pueden ser especialmente sensibles.

Carlos PARÍS

FATIGA DE MATERIAL

El espía militar ha descubierto que al recién nombrado ministro de Defensa, Federico Trillo, después del disgusto que tiene por el asunto del desfile del Día de las Fuerzas Armadas, que tendrá lugar en Barcelona, y la «crisis de las ONG», le espera todavía alguna que otra sorpresa más.

Y cuenta que entre los aviones que no desfilarán en la Ciudad Condal está un aparato espía que, según el amigo de Juan Bravo, es difícil que vuelva siquiera a emprender el vuelo alguna vez.

Costó un montón de millones de pesetas llenar su interior de complejos aparatos de alta tecnología, pero resulta que el avión es-

tá tan viejo que corre peligro de romperse.

Ante tan catastrófica situación, decidieron enviarlo a Estados Unidos para que lo repararan a fondo pero, como si se tratase de un coche antiguo, los de la fábrica han contestado que sale más caro repararlo que comprar otro nuevo.

Tal y como están las cosas, y con los últimos accidentes de viejos aviones militares producidos, será difícil que alguien se arriesgue a ordenar que vuelva a prestar servicio. Así que el ministro Trillo tendrá que rascarse el mermado bolsillo del Presupuesto de Defensa.

Juan BRAVO

